

EL JESÚS CONTROVERTIDO DE PAGOLA¹

Presentamos una obra que, como pocas en su género, ha conseguido un éxito editorial francamente reseñable. Se trata de una presentación pastoral de la figura de Jesús que quiere ser fiel a lo que los estudios de la figura de Jesús de las últimas décadas han dado de sí. Pastoral en el sentido que busca renovar o revitalizar la fe de la comunidad cristiana a través del contacto con la humanidad de Jesús desde las aportaciones de estos estudios y atraer hacia su figura a tantos que no creen en él por desinterés, desconocimiento o mal-conocimiento.

Es esta dimensión pastoral la que marca la forma literaria, la que hace que se revele el autor en la misma narración con sus filias y fobias, más allá de los mismos datos técnicos, y la que ha provocado el debate a veces apasionado, a veces violento e injusto, muchas veces ideológico, sin que esto suponga que no estén en juego algunas realidades importantes.

Los más críticos, más allá de sus formas (no siempre muy adecuadas y ecuanímenes), tienen como presupuesto teórico de su reacción (no entramos en definir subjetividades, que siempre acaban con juicios anti-evangélicos, da lo mismo quién las realice) la negativa a que sea la imagen histórica definida por los estudios sobre el Jesús (siempre limitados y sin acuerdos unánimes) los que definan la fe cristológica. Pocos dirán que no pueden ayudar a purificarla, pero lo que se juega hoy es quién la define, si estos estudios al margen de la fe o la fe misma. Es aquí donde está el verdadero debate hoy.

En este sentido hay que señalar que tratándose de un libro promocionado con una publicidad tan *agresiva* en los ambientes

¹ José Antonio Pagola, *Jesús. Aproximación histórica* (Madrid: PPC 2007) 540 pp.

intraeclesiales y, por tanto, destinado editorialmente a los ámbitos pastorales, y vendido fundamentalmente allí, no dejaría de ser una ingenuidad pensar que el libro no se iba a recibir (más allá de la conciencia del que lee, habitualmente muy poco formado por desgracia) como una presentación del Jesús real y no como un estudio histórico sobre Jesús. Aquí es donde ha nacido la reacción negativa y muchas veces ofensiva sobre el texto presentado. Quedarse en sus formas y reaccionar sólo desde ellas no sería bueno para buscar más allá de la propia perspectiva. Por otra parte, enrocarse en la afirmación machaconamente repetida para la defensa del libro de que es un estudio histórico creemos que es negar la realidad.

Ésta es lo que es en cuanto ofrecida y, además, a veces con más entidad, en cuanto que es recibida en una forma y con un sentido no siempre dominable aunque habitualmente sí predecible. Por eso este libro, y quien se dedica a la pastoral directa lo sabe, es bastante más de lo que el autor dice cuando se defiende (en su objetivo y en su recepción), aunque sea menos de lo que otros dicen cuando le atacan (y esto también hay que decirlo).

Voy a pasar ahora a describir lo que creo que son valores y límites del citado texto.

En primer lugar nos detendremos en los aciertos. Hay que valorar grandemente la puesta por escrito al alcance de un gran público de las investigaciones modernas sobre la vida de Jesús, no dejando que se apoderen de ellas los intereses comerciales que viven de afirmar que la Iglesia *oculta* continuamente la verdad. Hay que decir que la obra se sitúa sobre un déficit endémico de los que tienen la responsabilidad en la Iglesia, sobre todo a nivel de base, que apenas se han preocupado de hacer llegar los avances bíblicos al pueblo de Dios. En este sentido, la obra contrasta admirablemente con tantas *historietas* sobre Jesús que se ofrecen en el mercado aprovechando nuestra eclesial falta de formación y nuestro miedo a la verdad histórica. Esto está realizado desde la fe y con gran respeto, admiración y amor a Jesús, lo cual es perceptible a lo largo de la obra. Frente a tanta *vulgarización y falsedad interesada* del exterior eclesial y la casi nula preocupación de gran parte del clero por estudiar o al menos ofrecer una interpretación bíblica a la altura de las investigaciones actuales que deja a los creyentes sin apenas recursos frente a ellas, aparece como una gran divulgación de la mayor parte de la mejor investigación de los últimos años sobre el Jesús histórico. Aportación, por tanto, muy de agradecer.

Además, su estilo narrativo ágil y cálido es, en este sentido, muy de valorar.

Por otra parte, está bien documentada en cuanto a los estudios históricos y de las ciencias auxiliares que en estos momentos se utilizan en los ámbitos científicos. Sin embargo, la obra no tiene pretensión de convocar a un público académico, sino una subyacente voluntad evangelizadora. Dar a conocer y ofrecer la figura de Jesús a la decisión de los creyentes y no creyentes más allá de las deformaciones de la piedad y de los intereses comerciales. La mayor parte de las afirmaciones serían asumibles y las que no lo son pertenecen mayoritariamente al ámbito de las opciones del investigador, discutibles pero no siempre rechazables. Otra cosa son las omisiones que hacen que muchas de las afirmaciones, validas en sí, adquieran un protagonismo excesivo e incluso deformen la figura de Jesús.

Están muy bien descritas las implicaciones sociales de la acción de Jesús y su relación intrínseca con la revelación del verdadero Dios, y su concreción en las relaciones de Jesús con los distintos tipos de grupos sociales.

Por último, podemos decir que presenta una figura de Jesús muy atrayente. Más bien admirable, ya que no estoy seguro de que muchos de los que dirán al leer *éste es el Jesús en quien yo creo*, afirmen con la misma energía *éste es el Jesús al que quiero seguir*. Además es una figura actualmente cercana, se percibe una sintonía especial con una parte de la cultura, que en ocasiones lleva al autor a cierta condescendencia con ella. Estas dos características son corroboradas por su éxito editorial.

Pasando ahora a los límites que percibo en el escrito, el mayor de ellos es la tensión entre el método elegido y el objetivo/destinatarios de la obra.

Se aplican para la descripción de la figura de Jesús los métodos de las ciencias humanas que nos permiten acceder a *elementos ciertos o muy probables* de su figura (la llamada investigación histórica), pero existe de fondo una pretensión de mostrar la realidad *entera* de su persona que conduzca incluso a la confesión de fe. Este parecería el sentido, por ejemplo, de los capítulos 14 y, más aún del 15 y del epílogo. Esto está en relación directa creo que no tanto con una opción por el absolutismo historiográfico cuanto por la intención pastoral subyacente en el autor.

Esto hace que la figura de Jesús quede empuñecida en su realidad. La pregunta que se podría hacer es: ¿qué figura de Jesús

se presenta?: la accesible históricamente, un constructo recreado desde algunos datos a los que podemos acceder, pero ¿con qué opciones: internas a ellos, internas al autor, internas a la fe...?; lo históricamente real (esto es siempre mayor que lo que puede asegurar la investigación y seguramente de lo que puede aceptar una cultura extraña a la de la figura)... No queda claro del todo en qué ámbito se sitúa el autor, o mejor hay una ambigüedad hermenéutica que afecta al conjunto de la presentación.

Se presenta una figura historia de Jesús certera y muy bien descrita en muchas de sus dimensiones, pero que queda muy limitada en otras. Esto es especialmente significativo para el objetivo que el autor pretende, que es presentar al mismo Jesús y no sólo lo accesible históricamente. Las preguntas de la primera página de su obra son especialmente relevantes en este sentido: *¿Quién fue? ¿Cómo entendió su vida? ¿Dónde está la fuerza de su vida y la originalidad de su mensaje? ¿En qué terminó la aventura de su vida?* Y es aquí donde toman cuerpo real las críticas que le han sido dirigidas aunque a veces sus argumentos estén apoyados falsamente en el texto y, por tanto, hablan más de lo que el libro puede ser que de lo que es de hecho. Esto no las hace falsas del todo, aunque sí muy deficientemente situadas. Es el tema de la relevancia pastoral lo que está en juego en ellas, y también en el autor, aunque ambos hablen como hemos dicho enrocándose uno en su intención de exponer sólo históricamente y otros en su afirmación de la dogmática cristológica técnica.

Un aspecto donde esto se hace especialmente perceptible (y que para mí es el problema principal del libro) es en la contención continua del autor para aplicar el criterio de lo que se ha llamado cristología indirecta, que permite adentrarse en las implicaciones de sus acciones no sólo para el análisis de la realidad histórica y de la verdad de los sentimientos de Dios sobre los hombres (cosa que es desarrollada con sensibilidad y acierto), sino en la misma autocomprensión de Jesús.

En este sentido, todas las palabras y acciones de Jesús son interpretadas *a la baja* en su relación con la identidad (¿nueva y única?) que parecería expresarse en ellas y que va descubriendo la fe de los discípulos en él. Más aún, este descubrimiento que el autor expresa en los dos últimos capítulos parece ser a la vez un descubrimiento de Jesús sobre sí mismo en esa misma etapa (la etapa pascual). Hay que preguntarse si Jesús no intuyó en su propuesta su absoluta distinción con los demás hombres, en la absoluta identidad de *carne bajo la ley*.

En este aspecto creo que la obra es francamente deficitaria. No porque no afirme los datos del dogma (lo cual no entra en el ámbito de su objetivo), sino porque reduce las posibilidades de afirmación de los datos históricos en orden a presentar la figura de Jesús que después aparecerá transfigurado en la Pascua (un paso de gusano a mariposa sin apenas mediación de percepción o conciencia antes del resultado de la transformación). Mas aún, a veces se percibe una reducción a la indistinción humana: los párrafos sobre el Padre-nuestro como oración de Jesús son bien significativos, o la interpretación del *Abba* como experiencia de Dios como Padre “de todos los hombres”. Se afirma que es su Padre, pero no se termina de saber si esto describe una cualidad de Dios (compasión, ternura y misericordia) que él intuye y vive de manera especial o una relación real y personal con él que le constituye en algún sentido y de forma única en su experiencia. Hay una ambigüedad siempre presente. Esta ambigüedad desaparece en las primeras líneas de la p. 440, pero ¿esto es un descubrimiento de la pascua para los discípulos y para el mismo Jesús o tiene alguna realidad en la historia previa?

Las afirmaciones que se hacen sobre las acciones de Jesús que lo definirían como único quedan limitadas para la comprensión de la figura de Jesús en la medida en que no se sacan explícitamente las consecuencias sobre la posible comprensión (y autocomprensión) de su identidad última.

Otro de los aspectos que nos parece reductor es la interpretación del Reino. Reductor por excesivo y parcial. Jesús es mostrado como un instrumento al servicio de una acción de Dios (el Reino) que es descrita muchas veces sin vínculo directo con él o con un vínculo demasiado débil. Jesús manifiesta este Reino, pero parecería no ser consciente del todo de que es *en él* donde está adviniendo. Aquí el autor manifiesta una precaución excesiva, y creo que en cierta medida ideológica, sobre la cristología indirecta (como si tuviera miedo a caer *en manos del dogma*) y sobre la reducción de Jesús a un referente de identidad espiritual sin implicaciones históricas. Este aspecto limita igualmente la presentación de la figura de Jesús.

Por otro lado, el Reino es presentado bajo sus aspectos de curación y planificación de la vida humana que apenas si puede integrar la cruz más que como una lucha de poderes históricos de “buenos contra malos (poderosos)”. Queda muy diluida la dimensión del pecado como ámbito/realidad que domina a todo hombre (*hamartia*, dirá luego Pablo) y como enemigo que queda vencido por su acción. Esto hace que quede igualmente debilitada su identidad

como liberador. Cualquier interpretación que no se remita a la opresión histórica parece ser irrelevante en la conciencia de Jesús y en la del autor (al menos en la descripción que hace en esta obra). La des-escatologización del Reino es, en este sentido y como han señalado algunos críticos, excesiva a todas luces.

Aparece igualmente un desgarro judaico de la vida de Jesús a favor de una experiencia cuasi-natural de Dios en su vida. Aquí el autor bascula entre dos afirmaciones contradictorias: la no necesidad del judaísmo para la comprensión de Jesús y la interpretación de muchas de sus opciones y afirmaciones desde este contexto.

Por una parte, se afirma que no haría falta el judaísmo para entenderlo ni para su misma autocomprensión o su comprensión de Dios. Esto es muy problemático incluso para interpretar su misma humanidad. Su experiencia de Dios se realizaría en una relación directa con Él y con la creación (a la vez que esta experiencia se desvincula de su identidad de Hijo, con la connotación fuerte que le da la fe, lo cual es problemático también para los datos históricos que tenemos, Mt 11, 26-27). Por otra parte, otras veces se describen sus palabras y acciones en relación y con vinculación al judaísmo que le constituye. Creemos que no se diferencia entre el judaísmo como estructura institucional y cultural que existe en tiempos de Jesús y la experiencia de fe que lo habita, que es mayor y remite a aspectos que pueden afirmarse en superación de la misma institucionalización de ésta. O lo que es lo mismo, existe una tendencia marcionita que es especialmente aceptable en estos días en los que el individualismo quiere apoderarse de la experiencia de la fe más allá de lo institucional-comunitario de la tradición (también en sentido humano y no sólo religioso). Pero no hay ni Cristo sino en el interior de la experiencia israelita en el desarrollo del designio salvífico de Dios, ni Jesús sino en el contexto de la historia de Israel. Lo demás es arrancar a Dios de la carne y a lo humano de la historia.

Lo anterior se asienta igualmente en un prejuicio frente al concepto de religión (en este caso judía) que surge de vez en cuando en la narración (pocas veces pero de forma muy significativa) y que creemos que pertenece a una visión ideologizada de ésta (una imposición casi barthiana a la lectura de los datos históricos no muy aceptable). En este sentido habría que preguntarse si el hombre puede vivir sin cuerpo, el movimiento de Jesús sin institucionalización y si existe algún cuerpo o alguna institución sin pecado. Parecería que Jesús acepta el cuerpo de pecado a nivel individual y no a nivel social. Si bien esta visión contiene algunos datos dignos de ser tenidos en cuenta, esto hubiera requerido explicaciones matizadas

para evitar caer en el tópico de que el cuerpo social es opresor, tan de moda en la actualidad (cuando, por otra parte, muchos de los que lo sienten están absolutamente protegidos por sus logros). Pero volvemos a lo mismo, quizá esto requiera opciones exteriores a la investigación histórica que el autor asume sin decirlo o sin manifestarlo en el interior de su exposición.

Finalmente, creemos que este libro presenta más el mensaje y la acción de Jesús que su identidad histórica. La pregunta es si Jesús ofrece el Reino o se ofrece a sí mismo como espacio de advenimiento del Reino (sin que esto se pueda separar radicalmente, claro está). Parece no integrable la afirmación kerigmática sobre Jesús de los primeros discípulos tras la resurrección (el salto del Reino al Cristo) si no hubieran percibido previamente en él el ámbito mismo de configuración del Reino y, por tanto, si no hubieran percibido que era él mismo, y no sólo en su acción sanadora históricamente, lo que entregaba Dios entregándose en él. Y, sobre todo, si él no hubiera sido consciente en algún sentido (pero en sentido fuerte) de su misma misión en relación a su identidad (Dios mismo habita y se entrega en él de manera especial/única). Si esto no hubiera sido así ya en la historia, Dios habría actuado en él casi sin él: pobre libertad la que se nos presentaría en aquel que es definido por la fe como definición de nuestra humanidad. Para una descripción posteriormente confesional de su identidad esto tiene implicaciones especialmente serias, pero digámoslo claramente, esto nunca se afirma directamente en el autor.

Podríamos decir para terminar, utilizando una división del ámbito de la cristología, que parecería ofrecerse una jesusología funcional más que una jesusología personal-ontológica, cuando probablemente sólo una jesusología fenomenológica (en el sentido más filosófico del adjetivo) hubiera cumplido el objetivo del autor y habría hecho más justicia al mismo Jesús que caminó en nuestra historia. Dicho esto, creo que el libro es asumible globalmente en sus afirmaciones, pero no lo es tanto en sus omisiones y sus opciones hermenéuticas. O, dicho de otra forma, se trata de un Jesús histórico demasiado pequeño para la fe, sin que sintamos que la niega. Una exposición demasiado ambiciosa que se topa con problemas de orden hermenéutico serios que no son abordados ni siquiera con unos mínimos apuntes de cuando en cuando para situar algunas afirmaciones y omisiones.

Una última reflexión. ¿Es necesario este ejercicio de detalle analítico y discusión eclesial con un libro donde el lector es invitado por una prosa poético-narrativa a respirar en el mismo camino de

Jesús y dejarse llevar por él? Algunos pensarán que no, que quizá todo el debate y esta misma nota sean excesivos. Sin embargo, en un libro con una recepción tan amplia que toca el centro nuclear de la identidad cristiana, no valen en la Iglesia ni ingenuidades, ni afectos que no saben ser honestos con la verdad, ni relativismos descomprometidos. No es asumible hacia el interior de la fe la máxima publicitaria con que la editorial se sobrepone a las críticas (“Jesús no es patrimonio de los que creen”) aprovechándolas a partir del prejuicio cultural contra la autoridad del dogma (de la fe) y del magisterio para acercarse a Jesús, *sobre todo cuando la promoción se dirige fundamentalmente a cristianos*. Todo el mundo sabe que quien quiera encontrarse con Jesús, también el de la historia, sólo puede hacerlo yendo hasta donde están los que creyeron en él y dejaron su figura impresa en los evangelios. Digámoslo claramente, si hubiera sido por los historiadores “imparciales” de su época y de la nuestra, Jesús sería un muerto más de su tiempo. Muerto ayer y muerto hoy. Figura irrelevante y desconocida.

Ningún cristiano debe dejarse engañar por la pretendida objetividad histórica que siempre termina teniendo implicaciones para la fe, más aún que busca dominarla. Desde hace tiempo sabemos con A. Schweizer que esta pretendida objetividad es, en un alto porcentaje, el reverso de lo aceptable y querido por el investigador. Por eso finalmente sólo la fe (los mismos evangelios) y el dogma salvaguardan al Jesús real. Las afirmaciones sobre Jesús siempre ponen en juego un mundo de presupuestos (teóricos y vitales), se realicen dentro o fuera del ámbito académico, dentro o fuera del ámbito eclesial o de fe. Toda ingenuidad hacia los propios presupuestos dándolos por descontado (en su conocimiento o en su veracidad) no cabe en quien presenta a esta figura. En el intento de ofrecer una descripción de Jesús a nosotros mismos y a los demás siempre estamos en lucha con lo verdadero y con lo que nos parece aceptable de una realidad *siempre mayor*, incluso históricamente. Y nadie lo conoce del todo si no es en escucha de lo distinto o incluso lo contrario. Valga esto para todos: para el autor, para sus críticos y para mí mismo.

FRANCISCO GARCÍA MARTÍNEZ